

Citación bibliográfica: HERRERA RUIZ, Juan Carlos. «La metáfora del amante domesticado en *Florencio Conde* de José María Samper». *América sin Nombre*, 29 (2023): pp. 57-71, <https://doi.org/10.14198/AMESN.22482>

La metáfora del amante domesticado en *Florencio Conde* de José María Samper

The tamed lover metaphor in José María Samper's *Florencio Conde*

JUAN CARLOS HERRERA RUIZ
Universidad de Medellín, Colombia

jjherrera@udemedellin.edu.co
 <http://orcid.org/0000-0002-7626-3275>

Fecha de recepción: 12/04/2022

Fecha de aprobación: 02/07/2022

Resumen

El artículo analiza el modo en que en la novela *Florencio Conde. Escenas de la vida colombiana* (1875) de José María Samper, se ensaya una imagen del esclavo liberto en el periodo post-Independencia neogranadino; primero como sujeto económico, que ejercita su individualidad y ciudadanía bajo el influjo de una organización republicana, donde se pondera el librecambismo, y después como «amante racializado», al que le es sustraída nuevamente la libertad, sobre cuya corporeidad se restaura el régimen esclavista y se reconstruye el deseo del amo. Se analiza la tentativa estética de construir en el personaje Segundo Conde un carácter de ciudadano racionalista, aunque de índole dócil y discreta, que sirva de afortunado ejemplo de mestizaje, en el marco de la fundación de la nación y de una nueva estructura de relaciones de producción, metamorfoseadas por la lógica individualista de la ganancia y la acumulación de capital. Hay un énfasis en la composición de cuadros, delicadamente dibujados, escrupulosamente eróticos, en los que se verifica el encuentro del hombre negro y la mujer blanca, suponiendo esto una variable, sino transgresiva para la época, por lo menos inusual; de ahí que en la novela también se moldea ágilmente la imagen de un sujeto afectivo, capaz de amar a pesar de negro, en un contexto en el que la idea de la inferioridad racial y moral podía conjurarse solo por medio del futuro blanquimiento, o de la generosa promesa que viene implícita tras la aprobación

© 2023 Juan Carlos Herrera Ruiz



Este trabajo está sujeto a la licencia de Reconocimiento 4.0 Internacional de Creative Commons (CC BY 4.0).

social del desigual romance. En su conjunto, el análisis confirma la tesis de que *Florencio Conde. Escenas de la vida colombiana* se corresponde con aquel tipo de novela artefacto por medio de la cual, basándose en un patrón ideológico evolucionista, pero con remanentes del pasado, las élites letradas hispanoamericanas del siglo XIX dieron los primeros pasos hacia una tradición literaria nacional, que refractase la feliz convergencia de razas, culturas y clases sociales.

Palabras clave: José María Samper; *Florencio Conde*; amor interracial; amante racializado; blanqueamiento racial

Abstract

The article analyses the way in which in José María Samper's *Florencio Conde. In Scenes from Colombian life* (1875) an image of the freed slave in the post-independence period of New Granada is rehearsed; first as an economic subject, who exercises his individuality and citizenship under the influence of a republican organisation, where free trade is pondered, and then as a «racialised lover», from whom freedom is taken away again and on whose body the slave regime is restored, as well as the master's desire is reconstructed. The aesthetic attempt to build a character of rationalist citizen in Segundo Conde, although of a docile and discreet nature, is analysed, which serves as a lucky example of miscegenation, within the framework of the foundation of the nation and of a new structure of relations of production, metamorphosed by the individualistic logic of profit and capital accumulation. There is an emphasis on the composition of frames, delicately drawn, scrupulously erotic, in which the meeting of the black man and the white woman is verified, assuming this to be a variable, if not transgressive for the time, at least unusual. Hence, in the novel the image of an affective subject, capable of loving despite being black, is also nimbly molded, in a context in which the idea of racial and moral inferiority could be conjured only through future whitening, or the generous promise that comes implicit behind the social approval of the unequal romance. As a whole, the analysis confirms the thesis that *Florencio Conde. Scenes from Colombian life* corresponds to that type of artifact novel through which, based on an evolutionary ideological pattern, but with remnants of the past, the 19th century Hispano-American literate elites took the first steps towards a national literary tradition, which refract the fortunate convergence of races, cultures and social classes.

Keywords: José María Samper; *Florencio Conde*; interracial love; racialised lover; racial whitening

Financiación: Servicio Alemán de Intercambio Académico (Deutsche Akademische Austauschdienst, DAAD)

Introducción

En una tentativa por contribuir al ámbito teórico en torno al origen del racismo en América durante la segunda mitad del siglo XIX, Haller (1995) avanza la hipótesis de que este residió fundamentalmente en un ideario científico darwinista, y económico librecambista, que influyó en las élites burguesas que tuvieron a su cargo el diseño

de la institucionalidad política en el marco fundacional de la nación estadounidense; dicho ideario se aplicó también en una suerte de comparatismo que postulaba la inferioridad moral y física de los grupos raciales africanos y amerindios con relación a los de origen caucásico, que de paso certificaba la inexorable superioridad genética y cultural de estos de cara al progreso evolutivo. En estrecha relación con esta confirmación, se llegó a creer también en la ineptitud de los no blancos para formar parte del proceso civilizatorio. Pero adicionalmente, habría contribuido la aceptación e incluso el aplauso de algunos intelectuales negros o mestizos a la consolidación de este modelo de pensamiento.

Si bien la tesis de Haller remite a un entorno cultural anglosajón, el núcleo de su argumentación resulta del todo pertinente para abordar la figura del amor interracial, y del amante domesticado, representado en la novela *Florencio Conde. Escenas de la vida colombiana* de José María Samper, publicada en 1875. En este relato se narra la vida de dos personajes: Segundo Conde, esclavo nacido a finales del siglo XVIII, «negro como el carbón» (Samper, 2021, p. 60), destinado al laboreo en una mina de oro, y Florencio, su hijo mestizo. En virtud de una usanza provincial, a Segundo se le concede el derecho de trabajar por su cuenta un día a la semana en la mina de Don Clemente, su amo español, de suerte que con lo ganado pudiera pagar su «rescate», lo que equivalía a comprar su libertad. Perseverante y tenaz, Segundo logra con sus propios recursos rescatar a su madre y hermana de la esclavitud, al tiempo que, en plena Guerra de Independencia, cuyas causas ignora, salva la vida del capitán Samudio, militar del ejército patriota. Años después, ya en tiempos de la República, quiso la suerte que el liberto se encontrara nuevamente con el ahora empobrecido y moribundo Samudio, quien en su lecho de muerte le pide que se case con su hija Camila, «tan blanca y graciosa» (p. 99).

En términos de Herrera Ruiz & Wieser (2021), en la novela de Samper se trazan los contornos de una época en la historia de Colombia en la que no solo están en juego el modelo de relaciones de producción esclavista¹, asociadas a las relaciones de poder regidas por la supremacía del hombre blanco y demás herencias culturales de la Colonia, donde reside su núcleo e interés, sino que también se plantea una trama audaz de cara a un racismo agazapado en la tradición novelística que, tras la iniciativa de otorgar espacio a negros y mestizos en la construcción de una conciencia histórica nacional, ocultó el sempiterno y auto atribuido derecho de la clase dominante a determinar la ontología del dominado. Ello mientras que, en la conciencia del dominado, la respuesta a dicho determinismo es la conformidad y el consentimiento, como lo sentenciaría Fanon (2014) en el agudo exordio a su ensayo *Peau noire, masques blancs*: «Aussi pénible que puisse être pour nous cette

1. Por «relaciones de producción» aludimos aquí al mecanismo que desencadena las fuerzas de producción y las relaciones sociales de propiedad asociadas, en el sentido que lo planteó Marx en su *Crítica a la economía política* (2008, p. 284).

constatation, nous sommes obligé de la faire: pour le Noir, il n'y a qu'un destin. Et il est blanc» (p. 8), admitiendo con amargura que la asimilación cultural del negro al mundo del blanco no puede estar subordinada sino a la conciencia y al deseo de este.

Sobre la base de lo anterior, en el ejercicio que sigue proponemos reconstruir la forma en que en la referida novela se ensaya modelar la imagen del negro como sujeto afectivo y como sujeto histórico, en un contexto en el que la idea de la inferioridad racial y moral de aquel descansa solapada en los contornos del romance con la mujer blanca. En el decurso del lenguaje de los amantes se sacan a la luz simbolismos asociados a la atracción y la relación amorosa entre seres de «razas»² aisladas por la historia, al igual que a una intersubjetividad que confiere un lugar y un rol al amante racializado, naturalmente mediada por el deseo y la «generosidad» de un narrador, blanco y patriarcal, que se hace cargo también del deseo y la subjetividad de la mujer.

En un artículo dedicado a reflexionar sobre la presencia del amor interracial en la literatura colombiana del siglo XIX, Herrera Ruiz (2016) plantea que el amor entre la mujer blanca y el hombre negro funge como representación de las resistencias que enfrentaba la fundación de la nación en los prejuicios raciales remanentes del periodo colonial. Asimismo, ensaya una interpretación en torno al modo en que, en la literatura fundacional, se construye una imagen del negro y se le atribuye una noción del amor. Aprovechando nuevas fuentes y problemas emergentes de cara a la racialización de los sujetos del amor en la literatura, enfocamos nuestra atención en este género de romance que supone una versión no solo inusual, sino también provocadora y transgresiva del amor heterosexual en el siglo XIX colombiano³, reticente por principio a la heterogeneidad racial, y al reconocimiento del aporte africano a la cultura que se podía revelar por medio de estas «ficciones raciales», ya que predomina «la idea de que ser blanco se convierte en componente fundacional de la nación y de la región» (López Rodríguez, 2019, p. 27). El impacto social negativo de postular tal género de amor no podía allanarse sino por medio del consecuente

2. La categoría «razas» entre comillas para indicar que se trata de una construcción histórico social cuyo sustento científico ha sido rebatido por las ciencias naturales y la antropología académica, pero que, sin embargo, sigue teniendo un efecto decisivo en la caracterización física y moral de los diferentes fenotipos humanos.

3. La figura del amante negro ya había hecho su aparición y fue recurrente en el romanticismo europeo desde el siglo XVIII (Sommer, 2004, p. 168); en el caso americano encontramos multiplicidad de expresiones análogas: en Colombia la novela *Mercedes* (1869) de Soledad Acosta y el cuento «Federico o Cintia, o la verdadera cuestión de las razas» (1859) de Eugenio Díaz Castro; en Hispanoamérica son ejemplos paradigmáticos del romance racializado las novelas *Sab* (1841) de la cubana Gertrudis Gómez de Avellaneda, *La emplazada* (1874) del peruano Ricardo Palma y *El bandido* (1885), narración en verso del chileno Salvador Sanfuentes; del ámbito anglosajón podemos citar *Belinda* (1810), novela de la escritora irlandesa María Edgeworth, ambientada en la Jamaica colonial, y el relato autobiográfico *Vida de un esclavo americano contada por él mismo* (1845), del estadounidense Frederick Douglass.

blanqueamiento y de la promesa de un «feliz cruzamiento de razas» (Samper, 2021, p. 114), consolidando con esto el mestizaje ideal entre Camila y Segundo, en cuyo producto emergente, su hijo Florencio, los rasgos físicos y morales serán predominantemente blancos.

Finalmente, en el marco de la relación dialéctica entre señorío y servidumbre, lo que supone el encuentro de dos individualidades en una nueva etapa en la formación de la conciencia histórica del yo y en la búsqueda de la libertad, se postula que en la visión del amo una noción de autoconciencia y de deseo le es restituida al esclavo, noción que, en virtud de la aceptación de inferioridad racial, es declinada por el esclavo y puesta nuevamente en el lugar de la conciencia del blanco.

El librecambismo económico como principio de redención de la «negritud»

Constituye ya un lugar común presentar a José María Samper Agudelo (1828-1888) como una figura y un tipo social asaz representativo de la literatura y la política colombianas del siglo XIX; ideográfico personaje letrado del periodo post-Independencia, ensalzado por la historia y la crítica gracias a sus atributos: una especie de centauro mitad hombre público y mitad escritor, a quien se atribuye la vocación de defensor de la idea de hacer compatibles el catolicismo con una organización estatal moderna y el libre comercio, sobre la base ilustrada de la libertad y la justicia social, anhelos presentes en sus novelas (D'Allemand, 2012, p. 62). Su proceso de transformación ideológica ha sido documentado desde su juventud en el ala más radical del partido liberal, imbuida en el ideario socialista utópico europeo que alentó la revolución francesa de 1848, hasta su progresiva evolución hacia la «cautela de un liberalismo conservador» (Jaramillo, 1974, p. 203). Evolución que concluiría, en su madurez política y literaria, con la convergencia en el proyecto de la *Regeneración* y la Constitución de 1886, de la cual fue coautor, completando así el último tramo en un accidentado curso de ideas políticas que lo lleva, al final de su carrera, «a una posición contraria a aquella con que inicia sus actividades de escritor» (Sierra, 2006, p. 65).

Con todo, en el marco de la génesis de los partidos políticos en la recién emancipada Nueva Granada, como plantea Colmenares (1968), las posturas ideológicamente ambiguas son una marca característica en sus elites letradas y políticas, a todo lo largo del siglo XIX; esto se evidencia en las actitudes de unos u otros partidarios, que no orientaron sus actuaciones o alianzas obedeciendo a principios doctrinarios emblemáticos, sino más bien de acuerdo con coyunturas económicas e intereses individualistas que podían variar de la noche a la mañana, y como no sería la excepción en el escritor tolimense. Baste señalar, de momento y más allá de su caracterización política, que Samper constituye un ejemplo arquetípico del intelectual que hizo de su actividad literaria un instrumento útil a la consolidación de un proyecto republicano, que proyectara a su vez los matices de su propia experiencia

como sujeto ideológico y económico, y en últimas también como portavoz de una élite letrada que se ocupó de sacar a la luz problemas que interesaban a las características culturales y socio-raciales de la joven nación.

Hacia la década de 1870, escribe Fernando Guillén, Samper ya había completado su tránsito al conservadurismo, al tiempo que su fortuna aumentaba gracias a la especulación con tierras y al negocio del tabaco en la provincia de Honda; en esa misma década, agrega Guillén, Samper promovió, junto con otros comerciantes, la fundación de un partido político «independiente» que propiciara la entrada del país en el «capitalismo internacional», iniciativa con la que, paradójicamente, tomaba distancia del proyecto liberal radicalista en el que militó en su juventud (1979, pp. 441-443).

Sirva lo antes dicho como preludeo para indicar que las historias de amor que se tejen en *Florencio Conde* discurren ágilmente al amparo de un discurso idealizado de la fundación de la nación en el que, primero el negro y después el mestizo, se incorporan felizmente a la vida doméstica con la mujer blanca, al escrupuloso goce del amor, pero sobre todo a la posibilidad de ascender en la escala social, en virtud de una bien ganada fortuna y gracias también a la existencia de una República liberal que alienta el emprendimiento y la libre competencia económica. Allí se concreta el esfuerzo de Samper por hacer de esta novela un instrumento para la construcción de un sujeto de ciudadanía que se evidencia en la conjunción existencial de padre e hijo protagonistas, cuya lucha individual se presenta como un paso más en la superación de las herencias coloniales: el esclavo liberto, Segundo Conde, que obtiene la ciudadanía, merced a la Independencia, y por ende la condición que lo habilita para participar del librecambismo, y en seguida el hijo, Florencio, cuya base patrimonial y alfabetismo le hacen admisible en el estrecho círculo de los liderazgos políticos locales, como sugieren Herrera Ruiz & Wieser, agregando a propósito de la elección de la provincia de Antioquia como escenario del origen del relato lo siguiente: «[...] justamente por el aislamiento de su región ignoraba (Segundo) la existencia de una Guerra de Independencia», hasta que, por gracia de una afortunada casualidad, conoce a Samudio, entonces forajido de la reconquista española, que lo pone al tanto no solo de la circunstancia histórica en curso, sino también de las nociones de «libertad e igualdad» (2021, p.18). La región antioqueña, por su relativo aislamiento del influjo centralista, habría de facilitar el ulterior decurso del liberto hacia el ejercicio del librecambismo económico y su consolidación como hombre de negocios independiente.

En esa misma dirección, insisten Herrera & Wieser, un objetivo adicional de la novela consiste en retratar a los protagonistas racializados como sujetos dotados de una racionalidad «iluminada», que se logra por medio del recurso narratológico de focalización interna de su proceso cognitivo, esto a fin de comprobar empíricamente su capacidad de raciocinio según la lógica del blanco, capacidad que, por siglos, no

se concebía posible en esclavos negros (p. 22). La comprobación de esta capacidad está directamente relacionada con el descubrimiento del propio potencial económico individual, que había quedado explicitado en el capítulo II de la novela:

De este modo la idea sencilla de propiedad, como fruto del trabajo, conducía el espíritu de Segundo –espíritu de negro esclavo y todo, como era, pero humano, y por lo mismo creador– a la fecunda noción de la personalidad propia, de la dignificación obtenida por medio del esfuerzo y de la libertad individual (Samper, 2021, p. 61).

Cabe anotar a este respecto, que el liberalismo colombiano concebía la idea de que la «fusión de las razas» debía hacerse en arreglo a un orden jerárquico, cuya finalidad era la libertad del individuo como objeto político y como meta económica; todo ello pese a que, en la práctica, seguía latente un régimen de segregación racial. Así, el sueño de una «civilización mestiza», plasmado por Samper en su *Ensayo sobre las Revoluciones políticas y la condición social de las repúblicas colombianas*, seguía subordinado a la inteligencia del hombre blanco. A ese respecto comenta que la sociedad forma una suerte de estratificación viviente,

cuyas capas o sedimentos son las numerosas y variadas razas y castas, resultantes de muy complicados razonamientos. Situadas todas en el medio que mejor conviene a la sangre, las tradiciones, la industria y la cultura de cada uno (Samper, 1969, p. 290).

Con su «natural astucia», en el ambiente político republicano, Segundo logra sacar el mejor provecho de las coyunturas económicas y rápidamente se familiariza con las operaciones comerciales y los vaivenes propios del mercado: se trata de una personificación idealizada del principio teórico del librecambismo económico, según el cual la riqueza de un país o de una región no se dan gracias a la bondad, sino al egoísmo humano, salvo que, en el caso del «humilde y leal Segundo» (Samper, 2021, p. 105), su comercio con cerdos, potros y muleros, que compraba flacos para venderlos cebados, así como su especulación «comprando a bajo precio las cosechas de cacao de algunas labranzas para revender luego el artículo en zurrones, con destino al consumo de los antioqueños» (p. 87), dicho principio teórico se torna, en la ficción de Samper, en el más edificante ejemplo del empeño y de la superación humanas, en una escuela nacional, si se quiere, merced como ya dijimos a la existencia de un régimen de libertades políticas y económicas basado en la competencia y en el individualismo. Se suma a la capacidad de raciocinio, de cuño blanco, la capacidad del aprendizaje experiencial⁴, derivado de sus vivencias como esclavo de mina:

4. Subyace aquí la posibilidad de integrar al negro a la esfera del raciocinio filosófico occidental en una de sus versiones primigenias: piénsese, para el efecto, en el principio expuesto por Aristóteles en el libro II de su *Ética a Nicómano*: el quehacer en la vida ha de aprenderse antes haciéndolo y el incremento de la virtud toma su origen por medio del aprendizaje (de las cosas), que en su mayor parte requiere de experiencia y tiempo (2005, pp. 75-76).

Le ocurrió la idea de beneficiar alguna mina en las cercanías de Honda o de ocuparse en cateos de tierras auríferas [...] Continuó con tino y buena fortuna operaciones de comercio y negocios con mineros, y poco después compró a bajo precio un extenso globo de tierras vírgenes a orillas del Magdalena (Samper, 2021, pp. 105-116).

Lo anterior coincide plenamente con la tesis expuesta por María Teresa Cristina en un artículo intitulado «Novela y sociedad en Colombia», según la cual las novelas de Samper, en particular aquellas que escribe hasta 1875, estuvieron decididamente orientadas a convertirse en testimonio del proceso de desarrollo mercantil y del proyecto económico librecambista (1976, p. 44), proyecto en el que, dicho sea de paso, era imperativo incorporar política, económica y culturalmente, los diversos territorios y poblaciones étnicas como parte de un todo nacional. La redención de la negritud de Segundo, como queda claro, pasa necesariamente por su individualismo y por su capacidad de acumular riqueza y propiedad. Su ciudadanía estará supeditada a ello y es, en sustancia, suya. Pero en el ámbito del amor y del afecto, como veremos, su deseo y su subjetividad seguirán supeditados a la conciencia y al deseo del amo blanco.

Un esclavo para el amor

El suceso económico de Segundo, con su incursión en los dominios del lucro y la propiedad, acompasado de su «buena índole», «notoria honradez» y un «carácter apacible y servicial» (Samper, 2021, p. 88), son atributos que certifican, si cabe la expresión, su eficaz asimilación a la cultura y los valores del blanco, asimilación que viene premiada con el amor de una mujer blanca: «el liberto antioqueño había tenido la buena suerte de casarse con Camila, la pobre pero graciosa hija del coronel Samudio» (p. 115). Esta «buena suerte», pues tal pretensión le estaba negada por principio al negro, resulta ser una concesión que solo puede surgir y legitimarse en el deseo y en la conciencia del blanco, y es aquí donde reside el núcleo de nuestro argumento: el trabajo y la independencia económica son terrenos en los que Segundo ha concretizado su ciudadanía y su ser individual, sin embargo, en el terreno del amor, Segundo se convertirá nuevamente en esclavo, en objeto de intercambio sobre cuya corporeidad se reconstruye el deseo y la apetencia del amo.

Como ya dijimos, Segundo había ayudado oportunamente a un fugitivo del ejército de Bolívar, que huía de los realistas en busca de una ruta segura hacia el sur de la Nueva Granada. Este episodio recobra importancia cuando Segundo, tras la muerte de su madre, se establece en Honda en 1822; allí asiste por casualidad al viático administrado a un moribundo héroe de la Independencia (el ahora coronel Samudio), que reconoce con emoción al esclavo que le había salvado la vida años atrás. Antes de morir, Samudio refiere con dificultad a Segundo su lucha junto al Libertador y los sufrimientos que había padecido por cuenta de la enfermedad y la

pobreza. Finalmente, en acto bizarro, encomienda a Segundo su espada y la suerte de su hija, quien ya tenía conocimiento de la existencia de aquel esclavo y de lo que este había hecho por su padre:

–Este es, hija mía, dijo Samudio con voz muy débil pero vibrante, este es Segundo, el generoso esclavo de otro tiempo a quien debí la salvación en 1816: gracias a él pude escapar de mis perseguidores, juntarme luego contigo y tu buena madre y huir en busca de los patriotas proscritos... La Providencia le ha enviado a recibir contigo, hija mía, mi último suspiro... Quiérole, Camila; quiérole con ternura y gratitud, como si fuera un segundo padre, porque tiene un alma muy noble y bella... Camila, con los ojos humedecidos por el llanto, se acercó a Segundo y le estrechó las manos, con lo que por un momento se entrelazaron el marfil y el ébano en un cordial apretón que expresaba los más delicados sentimientos (p. 101).

Nótese, en primer término, el llamado a la obediencia y subordinación que ejerce el padre sobre la hija, en la invocación de un amor que se insinúa paternal antes que sexo-afectivo; ello pone a la «pobre e infeliz huérfana» (p.104) en el lugar de lo que López Rodríguez reconoce como la «ausencia de romance», que caracteriza esta suerte de historias en las que las mujeres hacen el papel de «objeto de intercambio político y alianzas entre hombres» (2019, p. 205). Esta subordinación de la mujer, edulcorada en sentimientos de reconocimiento mutuo y gratitud, viene también a confirmar que los fautores intelectuales de la fundación de la nación que se refractan en *Florencio Conde* son hombres, y que son hombres los que, en últimas, ostentan la ciudadanía en sentido pleno. De otra parte, saltan a la vista los símiles que enfatizan lo corpóreo, «el marfil y el ébano», con los que se ensaya una mediación lírica entre los prejuicios históricos sobre la inferioridad del negro, que oponen resistencia al cambio histórico, y la promesa del blanqueamiento que se insinúa en este cuadro, necesaria para alcanzar el equilibrio de las relaciones humanas y de las estructuras de poder en formación.

El cuadro que encierra la muerte de Samudio constituye el prelude al romance entre Segundo y la hija de aquel, asimismo, confirma la restitución de Segundo a la condición de subordinado a las órdenes del blanco:

–Camila mía, ya me voy... esto acaba; óyeme. ¿Sería tú capaz de acatar mi última voluntad, cualquiera que fuese?

–Sí, padre mío, respondió ella con seguridad; haré todo lo que usted me mande.

–Y tú, Segundo, ¿aceptarías cualquiera manda que yo te hiciese o dejase?

–¡Cualquiera mi capitán!

–Pues te dejo mi hija, mi único bien, y te la dejo en completo desamparo, sola en el mundo y sin recurso alguno para vivir... Si ella no tuviere repugnancia, por ser tú negro, cástate con mi hija y hazla feliz... Si esto no pudiese ser, protégela con caridad y bondad, como si fuera tu hija o tu pupila (Samper, 2021, pp. 102-103).

Y efectivamente Camila no tendría repugnancia por el negro, bien por subordinación de género, o bien en virtud de la instrumentalización de la mujer blanca como conducto legalizado por el matrimonio para el blanqueamiento. Pero lo sustancial reside en que, al igual que Don Clemente, el amo español de Segundo, disponía de sus negros como «cosas animadas [...] y sabía apreciar en todo su valor el mérito de un esclavo, del propio modo que un chalán experto sabe apreciar su caballo» (p. 57), Samudio dispone de la vida de Segundo como si se tratara aun de un subordinado, amén de sus méritos claro está, pero al fin subordinado, que se convierte también, por gracia del blanco, en objeto de deseo amoroso.

La constatación de lo anterior la encontramos en el encuentro de las voluntades de Segundo y Camila. Tras la muerte de Samudio, Segundo se convierte en el protector de la huérfana y, ya que «no era solamente un hombre bueno por temperamento, sino instintivamente delicado» (p. 105), había fijado el cumplimiento de la voluntad de aquel en el límite de «procurarle (a Camila) el mayor cúmulo posible de comodidades y una buena dote», además tenía claro que su protección respecto a esta «no llegase a provocar ninguna intimidad con ella» (p. 105). Ni siquiera el deseo de su oficioso —y ya desaparecido— amo constituye un acicate lo suficientemente fuerte para que el negro se conceda, libre y virilmente, el acceso a un objeto de deseo concebido por él mismo, al deleite erótico que con la mujer blanca va mucho más allá del contacto corpóreo, como explícitamente lo declaró Fanon: «Dans ces seins blancs que mes mains ubiquitaires caressent, c'est la civilisation et la dignité blanches que je fais miennes» (2014, p. 51). Pero no,

el honrado Segundo era tan humilde y leal, que ni por un momento había abrigado la idea de casarse —él, un negro liberto, bien que con bienes de fortuna— con una joven de buena condición, blanca y bella y elevada por el nacimiento a la mejor nobleza posible: la hija de un libertador (Samper, 2021, p. 105).

Se trata, en suma, de un amante domesticado que ha interiorizado que en ningún momento ha de apropiarse de lo que socialmente no corresponda a su color de piel, no obstante, en su candorosa contemplación se insinuaran deseos y pasiones que solo le serían concedidos por una voluntad blanca: «Por primera vez Segundo fijaba bien las miradas en las facciones de Camila [...] que inspiraba simpatía al par que respeto» (p. 107). Respeto en el que persiste Segundo hasta el grado de compeler a la joven a dar el primer paso y recordarle que el mandato del padre había sido el matrimonio, lo que Camila estima una «justa correspondencia» (p. 108) a los sacrificios y favores recibidos del liberto, al que exenta de todo prejuicio de nacimiento o de casta, ya que ella también ha aprendido a «estimar a los hombres por sus cualidades y virtudes y no por su color» (p. 108), por lo que en un gesto seductor y magnánimo a la vez, fija ella también en el esclavo esa «cosa animada» que veía el amo Don Clemente y lo hace objeto de su deseo. El diálogo que citamos a continuación encierra todo el simbolismo de la subordinación del negro a la voluntad y al deseo del blanco,

extendido y autorizado por el patriarcado en la mujer blanca, configurándose así un cuadro de restauración de la esclavitud en el amante racializado cuyo lugar y rol en la relación amorosa le son asignados por gracia de la benevolencia y de la superioridad racial de la blanca. Sea la excusa de una larga cita el interés de esta:

- Y usted, Segundo, interrumpió Camila, ¿no quería ser algo más que mi protector?
–No me pregunte eso, mi señorita, contestó el liberto lleno de confusión.
Camila se puso de pie con un noble continente, y acercándose a Segundo y mirándolo con una expresión de sublime candor le dijo:
–Responda usted: ¿querría casarse conmigo?
Segundo cayó maquinalmente a los pies de Camila, de hinojos y con las manos puestas en actitud de súplica y agradecimiento infinito.
–Pues que se haga la voluntad de Dios y de mi padre, añadió Camila, tendiendo la mano a Segundo.
–¿Y la de usted...?, dijo este con timidez.
–La mía también, Segundo.
–¿Es verdad? ¡Dios mío!, ¡no puedo creer en tanta felicidad!
–Segundo, sé que no hay alma más noble y bella que la de usted, repuso Camila; con usted seré dichosa, y al amarle con fidelidad y ternura pagaré una doble deuda de gratitud...
–Segundo la estrechó en los brazos, y el blanco cuello de paloma de Camila reposó durante un largo minuto sobre los negros y lanudos cabellos del dichoso liberto (p. 109).

El diálogo encierra varias polisemias, para iniciar, la «confusión» del negro que mezquinamente niega su propio deseo, o más bien lo sacrifica a la voluntad de la mujer blanca, que ostenta ahora el poder para realizar el deseo en ella misma y en aquel, a quien no le corresponde (el deseo) más que como forma de obediencia: es una renuncia al placer y la pasión que en la historia narrada se canjea por subordinación ética y estética, por un ideal de no libertad frente al deseo erótico, por el eclipse del instinto inherentemente orgánico. De otra parte, el lenguaje corporal del negro cayendo de hinojos con las manos puestas en actitud de súplica, como en una epifanía, adquiere un alto poder de representación al interior de este pasaje, y con ello el narrador advierte una tensión social y política aun latente, la presencia de una fuerza reaccionaria que pone en riesgo la emancipación, la misma que viene conjurada ágilmente con una fórmula que combina la idealización de la raza blanca (y la imagen blanca de Dios), producto de la colonización religiosa, con la promesa del blanqueamiento a través del legítimo matrimonio. En efecto, era ante Dios, la Virgen, los Santos o sus amos que se arrodillaba un negro en aquella época, lo que significaba estar en la presencia de un ser divino, de lo bello, lo sublime, lo todo poderoso. Camila es para Segundo un híbrido de todo eso. Ante la presencia de estas tentativas de mestizaje y transculturación ficcionalizadas en la novela hispanoamericana del siglo XIX, resulta atendible el punto de vista de Fernando Ortiz (1983), para quien los productos emergentes de las uniones interculturales no obedecen siempre

a patrones fijos, ni generan siempre los mismos resultados: cada cultura puede trascender algunos de sus componentes originarios, al tiempo que asimila los de otra cultura y con ellos crea nuevos parámetros culturales y trasposiciones estéticas, que involucran tanto a negros como a blancos en una nueva semiótica del cuerpo, en una resignificación de los símbolos, de la cual Segundo y Camila son ejemplo palmario de cara a la construcción de una identidad nacional jerárquicamente multiétnica.

La negación del deseo en el ser negro

Cabe destacar que nada en esta novela de Samper propende por la recuperación del legado ancestral africano; no hay señales que apunten a una revisión del discurso histórico hegemónico en torno al esclavismo en el marco de la fundación de la nación; tampoco emergen tentativas narrativas, aunque fueran tímidas, en función de recuperar la tradición oral ni mucho menos la memoria colectiva de la diáspora africana como forma de resistencia cultural, desde el punto de vista del esclavo⁵. En esta obra, por el contrario, se propende por la supresión de lo «negroafricano» como denominación de origen, pero sobre todo como rasgo fisiognómico.

En adición al sacrificio del propio deseo y de sus raíces culturales, que quedan a discreción del deseo del blanco, el primero, y del blanqueamiento cultural, las segundas, la «modesta y hacendosa laboriosidad» (Samper, 2021, p. 117) de Segundo, en lo que atañe a la política, no ha de interferir en el proyecto fundacional de la nación: «nunca se apasionó en favor de ninguno de nuestros partidos domésticos [...] Y se excusaba diciendo: «Yo nada entiendo de esas cosas; nací esclavo y me crie obedeciendo»» (p. 118), componiendo un perfil de ciudadano que, a cambio de la regularización de su negritud, se torna decididamente inocuo, ingrátido e insípido políticamente. Con ello queda perfectamente claro que, en la República, se replicó la estructura señorial de la Colonia y que los derechos del ciudadano racializado estaban ahora supeditados a su desempeño económico y a su comediación.

Considérese una vez más la concesión que hace Samudio de su hija, a un negro: podría asumirse tentativamente como un principio de negación de su conciencia de clase, aun esclavista, donde se insinúa una fisura en el sistema histórico y estético que media las relaciones entre amo y siervo. Y es justo ahí donde resulta atendible la fórmula que entrega Hegel en el capítulo IV de su *Fenomenología de espíritu* con respecto al «reconocimiento de la autoconciencia», que es para y depende del

5. Por ello vale preguntarse si *Florencio Conde* encaja, aunque sea marginalmente, en aquella tradición de novela antiesclavista americana que en siglo XIX alcanzó particular desarrollo en las Antillas, especialmente en Cuba: nos referimos, por ejemplo, a obras que componen cuadros dramáticos de las tensiones sociales surgidas de las relaciones afectivas interraciales, en novelas como *Cecilia Valdés* de Cirilo Villaverde, o incluso al encuentro de deseos y subjetividades, que trazan los contornos del papel afectivo del negro en *María* de Jorge Isaacs, donde se fija la acción de dos jóvenes amantes en África.

reconocimiento mutuo en la autoconciencia de otro ser; ello significa, en función del trazo de un carácter tipificado de Samudio y su medio, que la autoconciencia (de clase) se ha perdido a sí misma, pues ahora ella se encuentra como un ser distinto. Pero puede significar, inversamente o en función del carácter del siervo, que la autoconciencia ha suprimido y superado al otro al no reconocerlo como un ser (*Wesen*), sino que lo que ella ve en la otra autoconciencia es a sí misma (Hegel, 2009, pp. 286-287).

Sin embargo, el tránsito dialéctico hacia otra totalidad, que entendida en clave hegeliana significaría la adquisición de una autoconciencia (como amante) por parte de Segundo, se ve interrumpido por cuenta de un esclavo que sacrifica su propio deseo y voluntad al deseo y voluntad del blanco, esto al no reivindicar, él mismo, la igualdad de su condición racial y por el contrario reafirmar su inferioridad en el terreno del amor: en el cumplimiento del mandato de Samudio con relación a la hija de este, el obediente Segundo no pretendía, por principio, intimidad alguna con Camila y necesario fue que ella, la mujer blanca, tomara la iniciativa frente a un liberto cuyo estado de «confusión» testimoniaba la restauración de su carácter de esclavo.

En las relaciones de poder que se refractan entre amos y esclavo, se evidencia que este no solo sacrifica su deseo al deseo de aquellos, sino que también asume las funciones que determinan la riqueza y la apetencia de los amos. El esclavo, al sacrificar él mismo su deseo y libertad al miedo a la muerte, y aun privado de una autoconciencia, asume todavía la posición de quien transforma la materia en sus diversas manifestaciones, poniendo en marcha con ello los ciclos de producción y reproducción de los que se alimenta la cultura, y en última instancia, también la historia, entendida como devenir material. Recuérdese, al punto, que para Hegel el siervo es aquel que por salvar la vida renuncia a la libertad: «Es sólo en el exponer y en el arriesgar la vida mediante lo que se acredita la libertad» (2009, p. 293). En el mismo plano dialéctico de la relación entre amos y siervo, aunque solo intuida por el narrador, la certeza de «lo verdadero» reside en el trabajo que realiza el siervo, pues solo el trabajo pone en contacto con el mundo real y es «por ese medio como la conciencia viene a sí misma» y descubre la relación asimétrica que separa al amo del siervo (p. 298).

La humildad y el temor de Segundo, y su reacción sensible ante la generosa magnanimidad de sus amos, son el matiz más nítido que se ensaya del ser domesticado: el liberto antepone a su deseo el temor a morir. Inversamente, el lente dialéctico permite concebir que, para el amo blanco, el deseo es más fuerte que el temor a morir y por eso es él (o ella) quien somete al esclavo, convirtiéndolo en objeto de deseo y sustrayendo su consciencia, es decir, que el papel del señor se verifica, de nuevo citando a Hegel, en «la conciencia que es para sí» (p. 294), o aquel que niega la existencia de la conciencia y del deseo del otro. Con todo, tras este cuadro

de derrota moral del negro frente a los amos, emerge que, en el encuentro de sus voluntades, la más débil, es decir, la de Segundo, ha sido la que ha amado más, influenciada por sus emociones.

Conclusiones

Queda claro que, superada la Colonia, la integración del negro al régimen político republicano que se plantea en *Florencio Conde* sería solo a través del librecambismo: «el comercio era sin duda el género de industria más accesible para el negro liberto» (Samper, 2021, p. 115), y a través de un blanqueamiento racial que no contempla la reivindicación de las raíces del negro, sino más bien el surgimiento de un romance interracial que se sublima en la fundación de la nación colombiana, en un cuadro histórico que entreteteje imágenes a la vez políticas y eróticas, en lo que Doris Sommer llama una «intimidad nacional», que explota sistemáticamente el tema de los amores imposibles o trágicos para incrementar el «deleite sentimental» (2004, p. 230), si bien en la fórmula narrativa de Samper el romance se torna perfectamente posible, a condición de la renuncia, por parte del negro, a ser sujeto deseante.

La domesticación de Segundo Conde, como amante y como ciudadano, suprime cualquier posibilidad de toma de conciencia histórica o de resistencia cultural; la historia de su vida, contraria a la de su hijo Florencio⁶, puede condensarse en la historia de un ser sustraído a sus raíces ancestrales que es obligado a reinsertarse en una sociedad republicana, gobernada por lógicas y valores ajenos a sus orígenes culturales y a su color de piel, que le permitirán una libertad bajo nuevos parámetros de sometimiento.

Se insiste, por igual, en la estrategia narrativa que enfatiza en el color de la piel como corporeidad o rasgo ineluctable, al que la retórica del blanco ha subordinado las demás manifestaciones y sentimientos humanos del negro. Por su parte, el negro encuentra su lugar en tanto sabe asimilar y copiar los gestos de la clase dominante en el dominio de la economía, del trabajo, la religión y sobre todo del blanqueamiento racial, sin osar invertir o deconstruir los relatos históricos que legitiman su relación asimétrica con sus nuevos amos, que reconocía en cualesquiera seres con algún grado de blanqueamiento:

6. En favor del rigor de método, es imperativo puntualizar que, en la segunda parte de la novela dedicada al hijo mestizo, se ensaya la construcción de un carácter del intelectual afrodescendiente que se integra exitosamente al proyecto de nación, apropiándose de la ideología política y los géneros discursivos de las nomenclaturas blancas, para acceder, por esa vía, a espacios de poder. Sin embargo, por liberal y democrático que parezca su talante, imitación del modelo de intelectual canonizado por la sociedad burguesa, tampoco en este personaje se manifiesta forma alguna de politización de una estética «negroafricana», si vale decir así, ni cuestionamientos a la historia oficial de la esclavitud o a la pérdida de las lenguas y tradiciones culturales africanas.

[...] habituado a la humildad de su antigua condición servil, y decidido a dar a sus hijos cierta importancia desde que eran niños, había tenido la costumbre, cuando jugaba con ellos, de decirles *su mercé* y *mis amitos*, con singular ternura, poniéndose frecuentemente en cuatro pies para hacerles de *caballo* (Samper, 2021, p. 134).

La postración como señal corpórea, de rodillas ante Camila, y en cuatro pies ante sus hijos, en consonancia con las demás señales del sometimiento físico y espiritual del cuerpo y la voz del negro expuestas hasta aquí, nos ponen ante la imagen de una nueva forma de sumisión auspiciada por un racismo acendrado de las sociedades hispanoamericanas una vez alcanzada la Independencia.

Referencia bibliográfica

- ARISTÓTELES (2005). *Ética a Nicómano*. J. L. Calvo (Ed./Trad.). Alianza Editorial.
- D'ALLEMAND, P. (2012). *José María Samper. Nación y cultura en el siglo XIX colombiano*. Peter Lang. <https://doi.org/10.3726/978-3-0353-0290-5>
- COLMENARES, G. (1968). *Partidos políticos y clases sociales*. Universidad de los Andes.
- CRISTINA, M.T. (1976). Novela y sociedad en Colombia. *Razón y Fábula*, 42, 5-48.
- FANON, F. (2014) [1952]. *Peau noire, masque blancs*. Éditions du Seuil.
- GUILLÉN, F. (1979). *El poder político en Colombia*. Punta de lanza.
- HALLER, J. S. (1995) [1971]. *Outcasts from Evolution. Scientific Attitudes of Racial Inferiority 1859-1900*. Southern Illinois University Press.
- HEGEL, G.W.F. (2009) [1807]. *Fenomenología del espíritu*. Pre-Textos.
- HERRERA, J. (2016). El amor interracial en dos obras narrativas del siglo XIX: *Mercedes*, de Soledad Acosta, y *Florencio Conde*, de José María Samper. *Ciencias Sociales y Educación*, 10(5), 75-99. <https://doi.org/10.22395/csye.v5n10a3>
- HERRERA, J. y Wieser, D. (2021). *Florencio Conde*. Arquetipos masculinos del ciudadano racializado en la construcción de la nación neogranadina. En: J. M. Samper, *Florencio Conde. Escenas de la vida colombiana*, (pp. 9-45). Iberoamericana Vervuert. <https://doi.org/10.31819/9783964569349-002>
- JARAMILL, J. (1974). *El pensamiento colombiano en el siglo XIX*. Temis.
- LÓPEZ, M. (2019). *Blancura y otras ficciones raciales en los Andes colombianos del siglo XIX*. Iberoamericana Vervuert.
- MARX, K. (2008) [1859]. *Contribución a la crítica de la economía política*. Siglo XXI Editores.
- ORTIZ, F.(1983) [1940]. *Contrapunteo cubano del tabaco y el azúcar*. Editorial de Ciencias Sociales.
- SAMPER, J. (2021) [1875]. *Florencio Conde. Escenas de la vida colombiana*. Iberoamericana Vervuert.
- SAMPER, J. (1969) [1861]. *Ensayo sobre las revoluciones políticas y la condición social de las repúblicas colombianas*. Universidad Nacional.
- SIERRA, R. (2006). *El radicalismo colombiano del siglo XIX*. Universidad Nacional.
- SOMMER, D. (2004). *Ficciones fundacionales. Las novelas nacionales de América latina*. FCE.